

Enrique Molina

En el cuarto centenario de la Universidad de San Marcos de Lima (1551-1951)



ICIMOS el viaje al Perú por mar. Mi señora quería evitar el avión. Habíamos sido invitados con suma cordialidad por el Rector del Instituto Sanmarquino, doctor Pedro Dulanto. Llevaba yo la representación de nuestra Universidad. Navegación apacible. Ibamos en un barco de la compañía Grace. Sus barcos, aunque pequeños, son muy buenos: los camarotes amplios y cómodos, la comida excelente, y reina en ellos mucho orden y mucho aseo. No llevan orquesta y no se baila, lo que suele echarse de menos. En cambio, una que otra noche, se pasan algunas películas. Se viaja dentro de cierta intimidad entre los pocos pasajeros, como en un yate particular. En las tardes las damas juegan canasta. Los demás pasajeros a todas horas dormitan, se pasean o leen.

En el malecón del Callao nos esperaban el doctor Dulanto, nuestro excelente amigo don Francisco Urrejola, Embajador de Chile, y miembros de la Embajada como el poeta Humberto Díaz Casanueva, consejero de ella, y los secretarios señores Guillermo Bianchi y Guillermo Rossel. Hay que advertir que llegaron también con nosotros dos nuevos miembros de ella, don José Mardones y el adicto militar, coronel señor Enrique Valdés. Con ambos hicimos muy buenas migas durante el corto viaje. Nos esperaban, asimismo, el Decano de la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de Concepción, señor Luciano Cabalá y los profesores de la misma doctores Sergio Lecannevier, Alberto Moena y Ennio Vivaldi, que habían venido a Lima para concurrir al V Congreso Sudamericano de Química. Con todos nos dimos un buen abrazo. No había sido larga la separación, pero el hecho de hallarnos en otro país daba atracción y novedad al encuentro.

La diligente amabilidad del doctor Dulanto nos había reservado un buen departamento en Lima, en el Hotel Bolívar y ahí llegamos ya entrada la noche. El hotel es señorial y cómodo y bullía de gente. Buen número de los pasajeros eran delegados a los congresos que se empezaban a celebrar con motivo del centenario. Pronto tuvimos el gusto de abrazarnos efusivamente con los demás delegados de Concepción, profesor señor Juan Paidassi, señora Elena Medina de Mardones y señoritas Ana Ochoa y Trinidad Mar-

zullo. La delegación penquista actuó brillantemente en el Congreso de Química.

Presidente de este Congreso fué el distinguido hombre de ciencia peruano doctor Angel Maldonado, persona finísima e incansable para prodigar atenciones a sus huéspedes.

También fué muy eficiente y digna de aplauso la intervención que le cupo al Director del Instituto de Biología de la Universidad de Concepción, doctor Ottmar Wilhelm, como delegado al Congreso de Educación Médica.

La Universidad de San Marcos es la más antigua de todas las de América. La de Méjico, que igualmente data del siglo XVI, es algunos meses más joven; y la de Santo Domingo, que pudiera disputarle la prioridad en el tiempo, ha sufrido tantas vicisitudes e interrupciones en su funcionamiento, que he encontrado la opinión de que ha perdido su derecho a esa prioridad.

San Marcos ocupa un vetusto edificio de dos pisos en una plaza rectangular situada no lejos de la de San Martín, la suntuosa plaza en que se halla ubicado el Hotel Bolívar. Frente a la Universidad se levanta un hermoso campanil erigido como homenaje de la colectividad alemana con ocasión del centenario de la independencia del Perú. El edificio además es estrecho. Pude notar esto sobre todo en el departamento de la Biblioteca Central que visité, donde sus 70,000 volú-

menes y sus lectores se encuentran, al parecer, poco cómodamente instalados.

En cambio el auditorio o salón de grados de la Facultad de Letras, antigua capilla, sin ser muy amplio es acogedor. De sus paredes y de su techo abovedado y primorosamente decorado, brota, como en tantas partes de Lima, el zumo de la tradición. La tradición es la supervivencia de las formas del pasado que viven a su manera, como sombras sugerentes.

Pero el Rector doctor Dulanto ha iniciado ya la realización de la Ciudad Universitaria de Lima. Para tal objeto ha obtenido setecientos mil metros cuadrados no lejos de la capital, entre ella y el Callao. El estadio, de material sólido, con capacidad para más de sesenta mil personas, se encuentra totalmente terminado. Entiendo que la de San Marcos va a ser la primera universidad hispanoamericana que va a poseer un estadio propio de tan buenas condiciones. No poco habrán influido para el buen éxito de las gestiones del doctor Dulanto en este sentido, sus eminentes condiciones personales y su calidad de senador y político influyente y sus estrechas vinculaciones con el Presidente de la República.

La Universidad cuenta con diez facultades y su matrícula asciende a más de ocho mil alumnos.

Las festividades de la semana jubilar, como se la llamó, fueron magníficas. La sociedad en general, la prensa, el Gobierno y la Iglesia, se agruparon con entusiasmo alrededor de la cuatro veces centenaria

institución para celebrarla. La actitud del Presidente de la República, general Manuel A. Odría, para con la venerable casa de estudios, su alma mater, fué siempre cariñosa y cordial. Un numeroso sector del estudiantado se mantuvo aparte.

Concurrieron delegados de casi todas las universidades de la América Latina y algunos de las norteamericanas. Estaban presentes, también, delegados de España y entre ellos el Rector de la Universidad de Salamanca, doctor Esteban Madruga.

En la solemne sesión inaugural hicieron uso de la palabra el Presidente de la República, el Rector de San Marcos, el representante especial de Su Santidad el Papa y los Rectores de las Universidades de Fordan, Nueva York, México, Santo Domingo, Río de Janeiro, Arequipa y Concepción (1).

Todos los rectores se presentaron luciendo su atuendo universitario de amplias togas y birretes. Los universitarios peruanos son más sencillos: se contentan como distintivo con una cinta al cuello, de diverso color, según la facultad a que pertenecen, y de la cual pende una medalla. Pero el más sencillo de todos fué el del autor de estos apuntes, que, en su traje de vestón oscuro no ostentaba más insignia que el botón con el escudo de nuestra Universidad, que llevamos diariamente en el ojal. Estaba, sí, en la buena compañía

(1) El discurso de este último se inserta al final de las presentes páginas.

del Presidente de la República que se presentó también con un sencillo terno de vestón oscuro.

Entre los principales números de los festejos, números auténticamente universitarios, figuraban conferencias que dictaron casi todos los días profesores de San Marcos. Estas fueron las siguientes: «La Universidad y la Ciencia», por el doctor Carlos Monge M.; «La Universidad y la Filosofía», por el doctor Mariano Ibérico; «La Universidad y la Nación», por el doctor Fortunato Carranza; «La Universidad y la Educación», por el doctor Julio Chiriboga; «La Universidad y el Derecho», por el doctor Manuel G. Abastos; «La Universidad y la Historia», por el doctor Raúl Porras Barrenechea.

Fuera de los profesores nombrados tuve ocasión de conocer y tratar a personalidades distinguidas como Honorio Delgado, Presidente de la Sociedad Peruana de Filosofía y autor de un sólido e interesante ensayo sobre «Personalidad y carácter»; a Francisco Miró Quesada, joven y talentoso cultor de la filosofía, Secretario General de la Sociedad mencionada y autor de valiosos ensayos sobre ontología, lógica y otros temas de su especialidad; al señor Manuel Gallagher, Ministro de Relaciones Exteriores; a Luis A. Eguiguren, vocal de la Corte Suprema y autor de excelentes estudios sobre San Marcos; al Presidente del Senado, don Héctor Bazán; al Presidente de la Cámara de Diputados, don Claudio Fernández Concha; al Senador don Luis Enrique Galván; a Roberto Mac-Clean,

Secretario General de la Universidad; a Aurelio Miró Quesada, Decano de la Facultad de Letras; a Napoleón Valdés Tudela, vocal de la Corte Superior. Tuve el agrado de volver a encontrarme con el ilustre hombre de letras Víctor Andrés Belaúnde, director del Instituto Riva Agüero de la Universidad Católica.

Dictaron también conferencias, algunos de los delegados hispanoamericanos. Recuerdo al doctor Enrique Martínez Paz, distinguido jurisconsulto de Córdoba; al doctor Pedro Calmón, Rector de la Universidad de Río de Janeiro; al eminente hombre público venezolano, doctor Rafael Caldera, y al Rector de México, doctor Garrido. El doctor Calmón peroraba con frecuencia y se mostró siempre como un tribuno fogoso y de gran facilidad de palabra. Una disertación del doctor Caldera fué causa de la única verdadera desazón que experimenté en estos gratísimos días. Conforme al programa oficial se rindió un «homenaje a los libertadores en el Panteón de los Próceres». Este es un pequeño templo adosado a un extremo de la vieja casa de San Marcos. De muy modesta apariencia por fuera, pero con tesoros ornamentales por dentro. Su altar de ébano y su púlpito, también de ébano, ricamente tallados, son magníficos. El discurso u oración del caso, digamos, la única expresión oral que hubo, estuvo a cargo del doctor Caldera y él la dedicó, salvo un breve nombrar de San Martín, a rendir homenaje a Bolívar. De suerte que el homenaje a

los libertadores se convirtió en homenaje al Libertador y San Martín, O'Higgins y Cochrane, los fundadores de la independencia del Perú, quedaron olvidados. Sentí una molestia profunda y le manifesté al decano que presidía, doctor Carranza, que tratándose de rendir un homenaje a los libertadores, o sea a los libertadores del Perú, se entiende, no era justo pasar en silencio a los adalides de la expedición libertadora, es decir, a O'Higgins, su organizador, ni a San Martín y Cochrane, sus ejecutores. Bolívar no había hecho otra cosa que coronar la obra cuyos cimientos pusiera San Martín. Es claro, que si se nos hubiera invitado a un homenaje a Bolívar exclusivamente, habríamos aplaudido sin reparo alguno y con entusiasmo la ilustrada oración del doctor Caldera. Venezuela, fuera de mandar, entre otros, un delegado tan culto como el doctor Caldera, contribuyó al centenario de San Marcos enviando su excelente orquesta sinfónica. Asistimos a un magnífico concierto que ofreció en el Teatro Municipal.

Dos días antes de partir de regreso, dicté una conferencia en la Facultad de Letras sobre «La Filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX». Me presentó el doctor Julio Chiriboga, Presidente del Instituto de Filosofía de la Facultad, en forma muy conceptuosa, halagadora y amable. Concluyó con los siguientes términos, que no debo olvidar: «Cedo la palabra al decano de los rectores de América, al decano de los filósofos de Chile y al decano en el respeto y

simpatía de San Marcos». Es de advertir que mis muchos años de servicios educacionales, fueron como una escolta de honor que me proporcionara el tiempo. Cada vez que era presentado no dejaban de agregar que había cumplido treinta y dos años de Rector de la Universidad y cincuenta y ocho de profesor.

Llevé como obsequio de nuestra Universidad a la de San Marcos un álbum de nuestra Ciudad Universitaria y un jarrón de porcelana azul, fabricado en el departamento de cerámica de la Compañía de Lota. En inscripciones doradas iban grabados la dedicatoria, el escudo universitario y el lema: «Por el desarrollo libre del espíritu». De mi mensaje hice entrega una tarde al Rector en el Salón del Consejo Universitario, en presencia de delegados de universidades norteamericanas, del Ecuador y de Venezuela, que también traían testimonios de su adhesión a San Marcos, que consistían o en libros o en pergaminos. La novedad del obsequio penquista llamó la atención e impresionó favorablemente. Al ponerlo en manos del Rector le expresé, refiriéndome al jarrón: «Este sencillo objeto, señor Rector, no tiene otro valor y significado que el de, para rendir homenaje a vuestra ilustre Universidad, tener la entraña de tierra chilena, amasada y embellecida por manos de obreros chilenos».

No debo tardar más en dejar establecido que los delegados de la Universidad de Chile a los Congresos de Química y de Medicina Educativa, señor Juan Ibáñez, Decano de la Facultad, de Farmacia el doctor

Leonidas Corona y doctor Ramírez se desempeñaron con todo acierto y lucidamente y fueron para nosotros los delegados de Concepción, con seguridad en especial para mí, en todo momento inmejorables compañeros y amigos.

La adhesión de la Iglesia se manifestó en el solemne Te Deum oficiado en la catedral, con asistencia del Presidente de la República y sus ministros, de personalidades políticas y sociales y de gran público.

La Universidad Católica realizó un importante acto académico en homenaje a San Marcos, en el cual hicieron uso de la palabra el Cardenal Arzobispo Monseñor Guevara, el doctor Víctor Andrés Belaúnde y otros oradores.

Sin la cooperación de las autoridades eclesiásticas no se habría podido representar, en la forma en que se hizo, el auto sacramental de Calderón de la Barca «El Gran Teatro del Mundo», y que fué uno de los mejores números de las festividades. Se llevó a cabo a la caída de la noche, de siete a nueve, en el atrio de la catedral. Un gentío inmenso llenaba la plaza principal de la ciudad para asistir al espectáculo. ¡Y qué título: el gran teatro del mundo! Sólo los poetas de las grandes síntesis como Calderón, Dante y Goethe se lo podrían permitir. Todo el panorama de la vida humana expandido en dos horas. El Autor (Dios), el Mundo, el Rey, la Discreción, la Ley de Gracia la Hermosura, el Rico, el Labrador, el Pobre y un Niño, son los per-

sonajes. Aunque parece una pieza simbólica, y no deja de serlo, es concreto, patético y conmovedor el cuadro de los dolores, ansias e inquietudes de esos seres nacidos a la vida para enfrentarse a un destino que no entienden y que a menudo los desespera. Cuando el Autor y el Mundo dicen a los descontentos que no hay que desesperarse, sino convencerse de que lo único importante es representar bien su papel, cualquiera que sea, se piensa en Nietzsche, para quien Dios habría creado a los hombres como títeres a fin de que lo divirtieran. ¡Ah! Representar bien su papel. Calderón sería un Nietzsche del siglo XVI. Sería también un existencialista por la angustia que devora a sus personajes desconsolados ante las fauces inevitables del sepulcro que los ha de tragar. Qué hacer, se preguntan estos desolados al frente de la vida que encuentran llena de enigmas y tormentos. Y la voz cristiana de la Ley de Gracia les señala el camino diciéndoles: Ama al otro como a ti y obra bien que Dios es Dios o, más sencillamente, Obrar bien que Dios es Dios.

* * *

Los delegados fuimos espléndidamente agasajados. Todos competían en atendernos y a la cabeza de ellos el Rector doctor Dulanto y el Secretario General de la Universidad, doctor Mac-Clean. El Presidente de la República ofreció, en el Palacio de Gobierno, un

magnífico banquete y una recepción. Luego hubo recepciones del Alcalde de Lima en el Palacio Municipal, del Ministro de Educación, coronel don Juan Mendoza, del doctor Angel Maldonado y del Rector doctor Dulanto, en el Country Club.

Los chilenos, tuvimos además, la suerte de contar con un Embajador, don Francisco Urrejola, que rivalizaba con los peruanos en atenciones para con nosotros. Especialmente el autor de estas líneas se halla particularmente reconocido por las pruebas y manifestaciones de afecto que recibió del señor Urrejola. Culminaron éstas con un almuerzo que le ofreció el día antes de su regreso en que la treintena de los invitados estaba formada por Ministros de Estado, Embajadores y Rectores de Universidades. En esta ocasión el señor Urrejola impuso al doctor Dulanto las insignias de la condecoración de la Orden al Mérito Bernardo O'Higgins en el grado de Gran Cruz, que acertadamente le había otorgado el Gobierno de Chile.

En la noche de ese mismo día, ofreció una recepción en su casa-habitación, el Consejero de la Embajada, don Humberto Díaz Casanueva. Fué una reunión simpatiquísima. Fuera de otros encantos tuvo el de que se bailó bastante. Hasta el dueño de casa bailó mambo, lo que me causó una sorpresa muy agradable porque no lo esperaba dada su condición, además de diplomático, de filósofo y poeta metafísico, ejercicios que parecen llamados a inclinar a la gravedad. Sin embargo, otro filósofo ahí presente, Francisco Mi-

ró Quesada, que ya he tenido el agrado de recordar en estos apuntes, también lo bailó y lo hizo muy bien. Yo no bailé por falta de preparación en el nuevo baile.

* * *

He dado en esta narración muchos detalles y se sabe que el teatro de ellos ha sido Lima; pero falta que insistir en una impresión de conjunto. Lima los envuelve en un ambiente y aura de hechizo a que contribuyen su clima suave, ligeramente tibio en estos días de mayo, la amabilidad de su gente y los tesoros de su tradición y monumentos que son como un pomo embriagador de exudaciones del tiempo.

Lima es la Roma de Sudamérica. Como la capital del Lacio, es asiento de culturas superpuestas que imponen su grandeza en el presente: la incaica y preincaica que corresponde a la edad antigua romana; la colonial, a la Edad Media, época de oro del Papado, y la moderna.

Sobre la cultura incaica y preincaica tenemos por lo menos el magnífico Museo Arqueológico y Antropológico. Su Directora, la doctora Rebeca Carrión Chacot, es una mujer extraordinaria por su talento, su preparación y simpatía. Tiene también la calidad de miembro de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. Es conmovedor el entusiasmo con que la doctora Carrión se dedica a su Museo y a mantener y continuar la obra de su fundador, maestro de

ella, el sabio hombre de ciencia doctor Julio C. Tello. Y con qué elocuencia habla de estas cosas. Es como si el pasado, aferrándose a vivir, hubiera hecho suya una rica alma de mujer. El pasado peruano tiene un esplendor vigoroso. En el patio del Museo, en medio de restos y reproducciones de templos antiguos, hubo una mañana representaciones de danzas populares arcaicas, acompañadas de cantos también populares ejecutados por personajes en trajes típicos. Fué un espectáculo fascinante. Brotaba de las voces y de las ondulaciones de los danzarines una melancolía nostálgica que parecía decir que las penas fueran la eterna e ineludible uñdimbre de la vida humana.

No lejos del Museo, en una callejuela solitaria de ese apacible barrio de Magdalena Vieja, se encuentra el estudio del gran escultor español Victorio Macho, algo de lo más digno de verse que ofrece la Lima actual. Unos estudiantes me llevaron a visitarlo. El maestro, bajo, enjuto sin ser delgado, ligeramente moreno, de faz rapada, con una frente magnífica, aunque bastante maduro, se muestra lleno de energía y es muy simpático. Nos enseña sus obras que acusan un vigor impresionante: su madre sentada, un hermano en actitud yacente, cabezas de Unamuno y Ramón y Cajal. Algunas están ejecutadas con combinaciones de mármoles de distintos colores. Trabaja actualmente el escultor en un monumento colosal a Bolívar, que le ha encargado el Gobierno de Venezuela. Los esbozos

y partes que ya se ven, revelan una fuerza creativa extraordinaria, evocadora de Miguel Angel.

En la época colonial, Lima fué París y Versalles de la América. Ricardo Palma la ha consagrado literariamente en sus «Tradiciones Peruanas». De esos siglos datan muchos de sus máspreciados restos arquitectónicos: sus palacios con balcones salientes de madera oscura y celosías misteriosas, y sus maravillosos templos. Uno de esos palacios es el famoso de Torre Tagle, en que funciona el Ministerio de Relaciones Exteriores. Los templos de Lima son numerosos y estupendos. Uno no se cansa de admirarlos. Predominan en ellos las formas barrocas algo recargadas. En algunos esto es ostensible desde la fachada, pero en el interior de todos el visitante se siente deslumbrado por la riqueza de los altares y de las imágenes y la profusión del oro. Lo barroco religioso no fatiga. Es como un testimonio de insistencia espiritual. El alma que no encuentra la tranquilidad ante el misterio prodiga y enriquece sus expresiones para calmarse. De aquí que flote en Lima una atmósfera de misticismo y también de alegría de vivir y de sensualidad: los dos polos entre los cuales oscila el destino humano. Santa Rosa y la Perricholi. Las limeñas gozan de merecida fama de graciosas, simpáticas y llenas de donaire. Llaman lisura algo que interpreto como una mezcla de coquetería y picardía compatible con el más perfecto decoro y señorío. La Embajada de Chile ocupa un hermoso palacete que arrienda amoblado. Nos refería don

Francisco Urrejola, que a la propietaria de la casa, una hermosa y distinguidísima dama, le habían preguntado si era amiga del Embajador de Chile y que ella había respondido: «Como no voy a ser amiga si duerme en mi cama». Sería un caso de fina lisura.

Uno de los números de mayor refinamiento de las festividades fué una recepción en casa de la familia de Aliaga. Descendiente del conquistador don Jerónimo de Aliaga, vive, encabezada por don Juan Pedro, de 85 años, y su señora, en su casa solariega del mil quinientos y tantos, rodeada de cuadros, objetos de plata y otros restos preciosos de valor secular. Don Jerónimo había contribuido a la fundación de la Universidad de San Marcos y la familia tenía derecho como pocas a tomar parte en la celebración de la gloriosa efemérides. Si se quiere, celebraba su propio cuarto centenario y podía hacerlo presentando el reverdecer del viejo tronco en unas cuantas mujeres encantadoras.

Otro número de selección fué una noche de ballet en el Teatro Municipal. Se representaron bailes, escenas y tipos característicos, como el de la tapada, por ejemplo, con acompañamiento de la orquesta sinfónica nacional. El Perú encuentra en su rica historia un precioso arsenal para el cultivo y florecimiento de un ballet autóctono.

Y tenemos por último, como en Roma, la edad actual, a que corresponde sus amplias avenidas, sus hermosas plazas con nombres y monumentos de héroes como San Martín, Grau, Bolognesi, y sus edificios

modernos. Entre éstos debe citarse en primer lugar el bello Palacio de Gobierno, imponente y de delicadas líneas a la vez y en su interior de una suntuosidad versallesca. Hay que agregar en el recuerdo por lo menos el aeródromo, cómodo y de rica construcción y seguramente uno de los mejores del mundo.

Con estas ejecutorias—trayectoria esplendorosa o dramática de Incas y Virreyes, riquezas fabulosas—se siente en el espíritu de Lima, el agrado de vivir y la acción de una línea de nobleza e hidalgüía.

Partimos de regreso de Lima trayendo lo que no podíamos dejar de traer en el alma: bellos recuerdos, afectos, nostalgia.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR
ENRIQUE MOLINA, EN LA SOLEMNE SESIÓN
INAUGURAL DE LOS FESTEJOS POR EL IV
CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD MAYOR
DE SAN MARCOS, EN EL PARANINFO DE LA
ESCUELA DE MEDICINA, EL 12 DE MAYO
DE 1951

Profundamente complacido cumple con el honroso encargo que me ha dado la Universidad de Concepción de Chile de venir a rendir homenaje en esta ocasión a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Agrega así nuestra Universidad sus voces a las de todo el mundo civilizado que testimonia su admiración y reconocimiento a la benemérita institución que en

el presente año entera cuatro siglos de improba labor en pro de la cultura y el progreso espiritual. Estas cuatro centurias tan noblemente vividas hacen a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos ilustre y venerable, sobre todo para los pueblos de América donde, después de las heroicas gestas de Colón, Balboa, Pizarro y Almagro, gesta brillante de la España de los Reyes Católicos y Carlos V, ha sido una de las antorchas guiadoras en la áspera lucha por la civilización de un Continente.

La Universidad de Concepción es pequeña y joven. Cuenta apenas treinta y dos años de existencia. Pero ella no ha querido estar ausente de esta fiesta espiritual que, en medio de las tribulaciones del mundo, fuera de ser un exponente de confraternidad universitaria, es como un remanso de paz y esperanza. No ha querido dejar de corresponder, también, a la gentil invitación de su eminente Rector, doctor Pedro Dulant, atención que hemos agradecido íntimamente.

Al hacerse representar en esta solemne oportunidad la Universidad de Concepción ha cumplido, por cierto, con un deber muy grato, pero lo ha hecho además, con afecto y con placer por convivir de esta suerte los prestigios de la sabia Universidad celebrada y de la histórica metrópoli que le sirve de sede, París y Versalles de la época colonial, donde se adunan los hildalgos embrujos de una rica tradición con las maravillas del progreso moderno, donde el alma humana, como ha ocurrido en algunos centros afortunados en su

florecer perfecto, ha ardido en todos sus extremos. Así en esta antigua ciudad virreinal, al decir de algunos de sus más calificados escritores, se han ofrecido, a la par, como en las ciudades del Renacimiento italiano, la inquietud intelectual, el más puro misticismo y la sensual alegría de vivir. De este misticismo son testimonio estupendo sus magníficos templos en muchos de los cuales lo barroco, como en pocas partes, manifiesta su esencia de ser muestra de la tortura del alma que se retuerce al no poder expresar lo inexpresable.

He hablado de grandes centros afortunados que señalan a lo largo de la Historia cumbres de la civilización humana. En todos ellos, claro está, la mujer ha tenido su misión de elemento de cultura y de dulce compañera y eterno tormento del hombre, pero en ninguno ha logrado la aureola con que se celebra la gracia y el donaire de la mujer limeña.

Acabo de deciros que la Universidad de Concepción es muy joven. No es ésta la oportunidad para fatigaros con detalles acerca de su organización y funcionamiento. Os diré sólo algo de su espíritu. Se halla contenido en sus dos lemas. El que podríamos llamar el primero dice: «Por el desarrollo libre del espíritu», en reconocimiento de un valor profundo de la vida y como estímulo para las alas del pensamiento. Se completa con el segundo que proclama: «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso», en señal de que el pensamiento en el ejercicio de su libertad, si no quiere fra-

casar, necesita de la disciplina, de la lógica y del trabajo honrado.

Traigo, asimismo, el saludo cariñoso de los estudiantes de Concepción a los estudiantes de San Marcos. Los estudiantes forman uno de los componentes esenciales de la Universidad. Ellos están preparándose para tomar en sus manos la clásica antorcha, cuando las nuestras cansadas deban entregarla. Nos recuerdan de esta suerte que ninguna generación es un fin en sí, ni la última palabra de la vida. La carrera continúa y lo único que nos corresponde es, sin desmayar, correrla siempre bien. Ese grupo de jóvenes chilenos, al abrazar cordialmente, a través del océano, a sus coetáneos de San Marcos, han querido mostrar que poseen el sentido de un destino común y un corazón abierto para ir unidos a su encuentro y unidos resolver sus problemas y dificultades. Los estudiantes penquistas han tenido una actitud en perfecto acuerdo con el espíritu de su Universidad. Al que habla le preguntaron una vez si había muchos extranjeros entre los alumnos de la Universidad de Concepción. Y él contestó: «No, poco más de un millar de chilenos y algunos cientos de hispanoamericanos. No hay extranjeros».

No debo callar en estos instantes que mi estada en esta bella ciudad para cumplir mi misión, me ha proporcionado también el gratisimo encanto de abrazar a queridos jóvenes peruanos, distinguidos y cariñosos, egresados de la Universidad de Concepción.

Pero al hacer uso de la palabra en esta solemne y

bella reunión, no tengo el honor de hacerlo únicamente en nombre de la Universidad de Concepción. Hágolo también, y con no menos honra para mí, en representación de algunos de los demás rectores invitados de honor a estas festividades centenarias. Así me lo ha indicado el dignísimo colega Rector de la Universidad festejada, doctor Pedro Dulanto, haciéndome saber que a mí me correspondía tan señalada distinción por ser el Decano de los Rectores presentes, lo que me ha hecho acordarme de una fórmula de fina cortesía norteamericana, que he debido agradecer muy a menudo. «La edad antes que la belleza», dice la fórmula (*age before beauty*). En el caso actual, para explicarse mi designación no habría más que modificarla ligeramente y decir: «La edad antes que el talento y el mérito». Ruego, pues, desde luego, a mis honorables colegas excusar la forma defectuosa e incompleta en que pueda representarlos.

Nuestra tierra, nuestra pequeña e insignificante tierra, es, sin embargo, en el vasto universo el crisol donde se realiza el espíritu. Hasta ahora, por lo menos, con nuestras facultades humanas, ciertamente precarias, no podemos afirmar otra cosa. El ser, maravilloso y misterioso ser que nos arrastra y conduce en su seno, lleva el espíritu en potencia. Este se realiza por medio de las creaciones, tribulaciones y dolores del hombre. Si hay un espíritu universal, éste se manifiesta sólo a través del hombre. Cabría hablar de una especie de osmosis entre lo divino y humano. Lo divino, para su

realización, desciende a humanizarse, y lo humano, en su busca del espíritu, se diviniza.

Las universidades figuran entre las mejores creaciones ideadas por el hombre para el cultivo del espíritu, cuyas esencias las constituyen la libertad y el valor, y tiene como instrumentos la filosofía, las ciencias, las letras, las bellas artes; pero esto no excluye de ninguna manera el lugar que deben ocupar en ellas, también, la tecnología, la técnica y las ciencias y artes aplicadas.

El espíritu no se nos ofrece nunca en forma de espíritu puro. Siempre se encuentra entrelazado o como fluencia de un substrato material. El espíritu personal se halla unido al cuerpo. En el espíritu objetivo y objetivado (y no se conocen otras clases de espíritu), es patente y visible el elemento material que lo acompaña. El espíritu se objetiva en los libros, en los templos, en los monumentos, en las obras de arte, en las construcciones técnicas, en las leyes, en usos y costumbres, en las asociaciones de personas, desde las religiosas hasta las comerciales. Los grandiosos restos del Cuzco, Sacsahuaman, Machupichu y otras localidades constituyen en este país magníficas muestras de espíritu objetivado.

La vida espiritual misma en los individuos y en los pueblos necesita de una suficiente base material o económica. La abnegación y el renunciamiento absolutos son virtudes propias sólo de los santos, y la santidad,

variedad del heroísmo, es una de las altas cumbres a que en su afán de perfección puede aspirar el alma humana y a la que únicamente alcanzan individualidades excepcionales, entre las cuales se suelen contar, fuera de los santos mismos, algunos artistas y sabios. Pero para las colectividades la actitud de renunciamiento resulta suicida. En cambio los períodos de brillantes florecimientos espirituales han contado con la base de sólidas y espléndidas situaciones económicas. Ahí la Atenas de Pericles, ahí la Roma de Augusto, ahí la Florencia del Cuatrocientos. Nuestra América Hispana se resiente en su vida espiritual de su inferioridad económica. Hemos enriquecido nuestra lengua y el mundo con valiosas producciones en el campo de las letras y de la poesía. Pero nuestras instituciones educacionales son muy deficientes por falta de recursos. La filosofía y las ciencias no han contribuido todavía al progreso general en forma apreciable. Ni entidades especiales ni las universidades no cuentan aún entre nosotros con los elementos necesarios—como ser, gabinetes y laboratorios adecuadamente dotados y la posibilidad de contratar sabios de superior calidad—para llevar a cabo estudios e investigaciones de alta envergadura. Es un imperativo de la hora actual y que continuará en el horizonte de nuestro futuro como un ideal indeleble mientras no lo realicemos, superar la dependencia económica de nuestra América y adquirir la capacidad de explotar por nosotros mismos y en condiciones de equidad con los demás hombres, las in-

mensas riquezas y posibilidades de nuestras tierras, de nuestros mares y de nuestro subsuelo.

En verdad, en verdad, somos civilizados sólo para consumir y continuamos siendo primitivos para producir.

Mientras tanto, y para coadyuvar a la emancipación anhelada, nuestros Gobiernos y los particulares acaudalados deberían contribuir en forma más eficiente y más generosa de como lo hacen, al buen funcionamiento y adelanto de nuestras universidades.

En consonancia con la enunciada angustia, me imagino esta magnífica sala como llena del alma de Hispanoamérica. Los huéspedes de otras partes del mundo han venido en un bello gesto de confraternidad. Entre ellos deben ocupar un lugar especial para nosotros los de Norteamérica, por los lazos continentales y de historia que nos unen y, sobre todo, por el ideal común que sustentamos de luchar por que los hombres vivan un orden social democrático. Pero sintiendo que para los representantes de las universidades hispanoamericanas nuestra presencia aquí reviste cierto carácter religioso. Somos los voceros de esas naciones que desde el Río Grande del norte, hasta el Cabo de Hornos, tienen un substrato geográfico, de tradiciones, de historia y de aspiraciones que les da una personalidad propia. Tienen, sobre todo, el precioso tesoro de una hermosa lengua común.

Y al presentar nuestra ofrenda de admiración y respeto a los cuatrocientos años de labor continental de

la ilustre Universidad de San Marcos, esta labor toma relieves de un fuego sagrado a cuyo calor viniéramos a reconfortarnos para continuar en la brega por el progreso de nuestras patrias y de la patria grande, América. Reconfortados así pronunciamos una oración que dice: ¡Oh, Madre América, te queremos en tu vida interior, siempre libre, y en la exterior gozando de plena autonomía e independencia, y por ello, no dejaremos de luchar jamás; te queremos lúmrera y creadora en la cultura mundial y a ello dedicaremos nuestros más honrados y constantes desvelos; te queremos cada día más unida y capaz de hacer justicia y de hacer la felicidad de tus hijos y de los demás hombres, y en ello pondremos lo mejor de nuestro corazón!